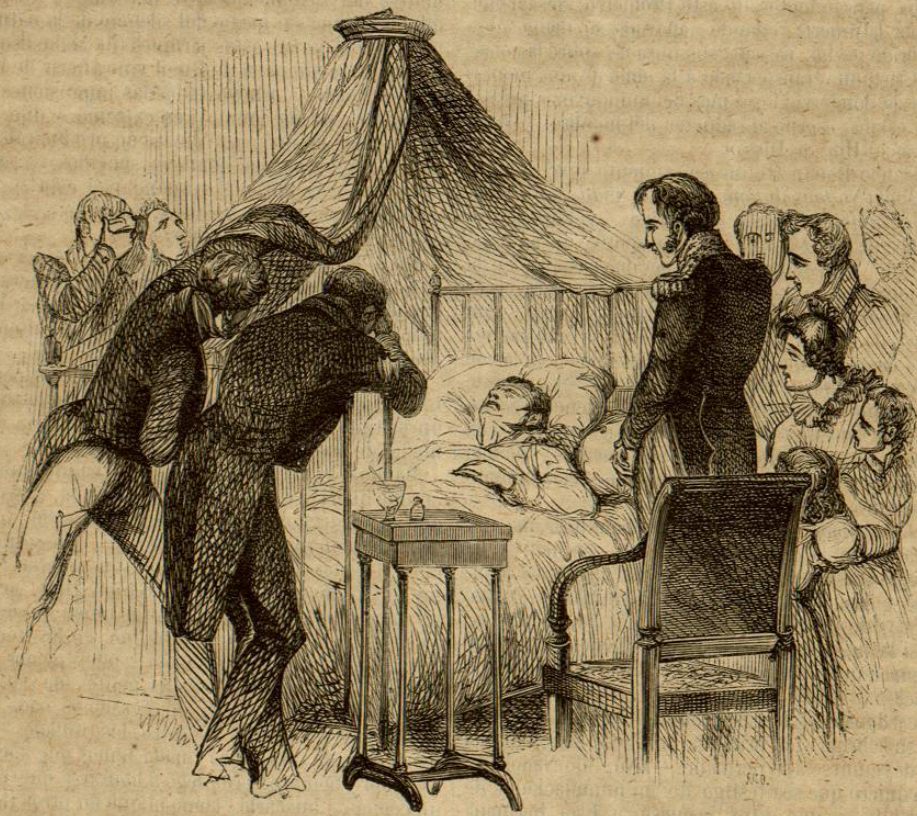


Muero en la comunión de nuestra santa madre la Iglesia católica apostólica y romana.

La revolución nos ha dado muchas lecciones; ¿pero hay una sola comparable á esta? ¿Napoleón y Luis XVI haciendo la misma profesión de fe! ¿Queréis saber el precio de la cruz? Buscad en el mundo entero lo que mas conviene á la virtud desgraciada ó al hombre de genio moribundo.

El 3 de mayo Bonaparte se hizo administrar la Estrema-unción, y recibió el Santo Viático. El silencio del aposento no era interrumpido sino por el estertor de la muerte, mezclado al ruido regular de un péndulo. El 4 estalló la tempestad de la agonía de Cromwell, y casi todos los árboles de Longwood fueron desarraigados; y el 5, en fin, á las seis menos once minutos de la tarde, en medio de los vientos, de la lluvia y del estrépito de las olas, Bonaparte entregó á Dios el mas poderoso soplo de vida que jamás haya animado al barro humano. Las últimas palabras que se recogieron sobre los labios del conquistador fueron: Cabeza... ejército, ó cabeza de ejército. Su pen-



MUERTE DE NAPOLEON.

los domésticos chinos de Napoleón, fieles como los javaneses de Camoens, habían acostumbrado á llenar sus ánforas; dos llorones se inclinaban sobre la fuente, y una yerba fresca, sembrada de *tchampas*, crece enrededor. «El *tchampas*, á pesar de su brillo y de su perfume, no es una planta que se busca, porque florece sobre las tumbas,» dicen las poesías sanscritas.

Bonaparte se complacía en los llorones de la fuente y pedía la paz al valle de Slane, como Dante desterrado pedía la paz al claustro de Corvo. En agradecimiento al reposo pasajero de que allí gozó en los últimos días de su vida, indicó este valle para abrigo de su descanso eterno. Hablando de la fuente, decía:

samiento erraba aun en medio de los combates. Cuando cerró para siempre los ojos, su espada, muerta con él, estaba tendida á su izquierda, y un Crucifijo descansaba sobre su pecho: el símbolo pacífico, aplicado al corazón de Napoleón, calmó las palpitaciones de este corazón, como un rayo del cielo hace caer las olas agitadas.

FUNERALES.

Bonaparte deseó primero ser enterrado en la catedral de Ajaccio, mas despues, por un codicilo de 16 de abril de 1821, legó sus huesos á la Francia. El cielo le habia servido mejor, y su verdadero mausoleo es la roca donde espiró (véase mi narración acerca de la muerte del duque de Enghien). Previendo Bonaparte la oposicion del gobierno inglés á sus últimas voluntades, hizo eleccion eventual de una sepultura en Santa Elena.

En un valle estrecho, llamado de *Slane* ó de *Geranum*, ahora del *Sepulcro*, corre una fuente, donde

— « Si Dios quisiera que me restableciese, elevaria un monumento en el sitio donde ella surge. » Este monumento fue su tumba. En tiempo de Plutarco, en un lugar consagrado á las ninfas, á orillas del Strymon aun se veia un sitial de piedra, en el cual se habia sentado Alejandro.

Napoleón, con botas y espuelas, en uniforme de coronel de la guardia, y condecorado con la legion de honor, fue expuesto muerto en su lecho de hierro. Sobre este rostro que jamás se asustó, el alma al retirarse habia dejado un estupor sublime. Los plomeros y carpinteros clavaron y encerraron á Napoleón en un cuádruple féretro, pues parecia temerse que jamás estaria bastante aprisionado. La capa que el

vencedor de otros tiempos llevaba en los vastos funerales de Marengo sirvió de paño mortuorio del ataúd.

Las exequias se celebraron el 28 de mayo con un tiempo hermoso. Cuatro caballos conducidos por palafreneros á pié tiraban del carro fúnebre que iba rodeado de veinte y cuatro granaderos ingleses sin armas, y detrás el caballo de Napoleón. La guarnicion de la isla ocupaba los precipicios del camino; tres escuadrones de dragones precedían al féretro y el regimiento de infantería número 20: los soldados de marina, los voluntarios de Santa Elena y la artillería real con quince piezas, cerraban la marcha. Grupos de músicos, colocados de distancia en distancia, tocaban aires fúnebres. En un desfiladero se detuvo el carro fúnebre, y los veinte y cuatro granaderos tuvieron el honor de llevar el cuerpo en sus hombros hasta la sepultura. Tres salvas de artillería saludaron los restos de Napoleón en el momento de bajar á la fosa: una piedra que debia ser empleada en la construcción de una nueva casa para el desterrado, sirve ahora para cerrar su último calabozo.

Recitáronse los versículos del salmo 87: «Yo he sido pobre y lleno de trabajos en mi juventud; he sido ensalzado y despues humillado... he sido herido por vuestra cólera. » De minuto en minuto disparaba el navio almirante, y á esta armonía de la guerra, perdida en la inmensidad del Océano, respondia al *requiescat in pace*. El emperador enterrado por sus vencedores de Waterloo, habia oido el primer cañonazo de esta batalla, pero no oia la última detonación con que la Inglaterra turbaba y honraba su sueño en Santa Elena.

Lord Byron creyó que el dictador de los reyes habia abdicado su fama, y que iba á extinguirse olvidado. El poeta hubiera debido saber que el destino de Napoleón era una musa, como todos los otros destinos. La soledad del destierro y de la tumba de Napoleón ha derramado sobre una memoria brillante otra especie de prestigio. Alejandro no murió á los ojos de la Grecia, sino que desapareció en las soberbias montañas de Babilonia. Bonaparte no ha muerto á los ojos de la Francia, sino que se ha perdido en los fastuosos horizontes de las zonas tórridas. Duerme como un ermitaño ó como un pária en un valle, en el extremo de un sendero desierto. Las naciones están ausentes de él, su multitud se ha retirado. El pájaro de los trópicos, dice Buffon, uncido *al carro del sol*, se precipita desde el astro de la luz; ¿dónde descansa hoy día? Descansa sobre las cenizas cuyo peso ha hecho inclinar el globo.

DESTRUCCION DEL MUNDO NAPOLEONICO.

Imposuerunt omnes sibi diademata, post mortem ejus... et multiplicata sunt mala in terra (MACHAB).

« Todos se apoderaron de la diadema despues de su muerte, y se multiplicaron los males sobre la tierra. »

Estas palabras del libro de los Macabeos respecto á Alejandro parecen haberse escrito para Napoleón. « Se han repartido sus coronas y se han multiplicado los males sobre la tierra. » Veinte años han trascurrido apenas desde la muerte de Napoleón, y ya no existen ni la monarquía francesa ni la española. El mapa universal ha cambiado, y nos hemos visto en la precision de aprender una geografía nueva: separados de sus soberanos legítimos, los pueblos se han arrojado en los brazos de reyes aventureros; actores de nombradía han desaparecido de la escena, reemplazándoles en ella cómicos desconocidos; los águilas se han remontado hasta el espacio invisible desde la copa del alto pino sumido en el mar, y las débiles conchas se agarran todavia con fuerza á la corteza del tronco protector. Como en último resultado todo

se encamina á su fin, *el terrible espíritu de innovación que corria el mundo*, de que hablaba el emperador, y al cual habia opuesto el dique de su genio, ha vuelto á emprender su desesperada carrera; las instituciones del conquistador se debilitan, porque la última de las grandes existencias individuales será la suya, porque nadie dominará ya en las sociedades ínfimas niveladas, porque la sombra de Napoleón se levantará solitaria en la extremidad del viejo mundo destruido, como el fantasma del diluvio al borde del abismo. La posteridad mas remota descubrirá esta sombra á través de la nada en que desaparecen los siglos desconocidos, hasta el día señalado para el renacimiento de la sociedad.

MIS ULTIMAS RELACIONES CON BONAPARTE.

Supuesto que escribo mi propia vida al ocuparme de otras ajenas, grandes ó pequeñas, me veo precisado á mezclarla con los hombres y los acontecimientos, cuando por casualidad lo requiere mi propósito. ¿He olvidado acaso completamente, sin detenerme alguna vez en su recuerdo, al ilustre deportado que en su prision colonial esperaba la ejecucion de la sentencia de Dios? No.

Napoleón hizo conmigo la paz, que nunca firmó con sus carceleros coronados: yo tambien soy como él, hijo de las olas: como él, nací en una roca á orillas del mar, y me preció de haber conocido á Napoleón mucho mejor que los que le han visto con mas frecuencia y han permanecido mas tiempo á su lado.

Napoleón, no teniendo ya motivo en Santa Elena para seguir irritado contra mí, renunció á la enemiga que me habia profesado: mas justo yo tambien despues de su caída, escribí en *El Conservador* el siguiente artículo:

« Los pueblos han llamado á Bonaparte un azote; pero este signo de la cólera de Dios conserva siempre algo de la grandeza y de la expresion eterna que revela su origen divino. *Ossa arida... dabo vobis spiritum et vibetis.* « Huesos áridos, os enviaré mi aliento y vivireis. » Nacido en una isla para morir en otra, situada en los límites de tres continentes; arrojado al medio de los mares en que Camoens profetizó tal vez su presencia al colocar en ellos el genio de las tempestades, Bonaparte no puede removerse en su roca sin que un sacudimiento nos lo advierta, porque un paso dado en el otro polo por el nuevo Adanastor, se hará sentir en el nuestro. Si Napoleón, libre de sus cadenas, se retirase á los Estados-Unidos, sus miradas fijadas en el Océano bastarian para turbar á los pueblos del antiguo mundo, y su existencia en la ribera americana del Atlántico haria que la Europa se viese obligada á establecer un campamento general en la ribera opuesta. »

Bonaparte leyó este artículo en Santa-Elena; con él derramaba una mano que creia enemiga el último bálsamo sobre sus heridas, y dijo á Montholon:

« Si en 1814 y en 1815 no se hubiese colocado la confianza real en hombres inferiores á las circunstancias, ó que renegando de su patria solo ven la salvacion y la gloria del trono en el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, cuya ambicion tuvo el objeto de libertar á su país de las bayonetas extranjeras, ó Chateaubriand, que ha prestado eminentes servicios en Gante, hubiesen tenido á su cargo la direccion de los negocios, la Francia seria hoy poderosa y temida, en consecuencia de las dos últimas y grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sagrado de la inspiracion; sus obras lo acreditan; en ellas no predomina el estilo de Racine, sino el del profeta. Si algun dia llega Chateau-

briand á empuñar el timon del Estado, podrá equivocarse y sucumbir. ¡Tantos son los que se han perdido al hacer la prueba! Pero lo indudable es que todo lo grande y nacional debe convenir á su genio, y que hubiera rechazado con indignacion esos actos infamantes de una administracion vengativa.»

Estas han sido mis últimas relaciones con Bonaparte. ¿Por qué no he de confesar que sus palabras halagan la orgullosa debilidad de mi corazón? Muchos hombres pigmeos, á quienes he hecho grandes servicios, me han juzgado menos favorablemente que el gigante cuyo poder me había atrevido á combatir.

SANTA-ELENA DESPUES DE LA MUERTE DE NAPOLEON.

Mientras desaparecía el mundo napoleónico, procuraba yo informarme de los sitios en que su estrella se había eclipsado. El sepulcro de Santa-Elena ha gastado ya uno de sus contemporáneos saúces, y aquel árbol decrepito y caído se ve mutilado continuamente por los peregrinos. El sepulcro está cercado de una verja de hierro colado, y tres losas transversales se inclinan hácia el foso, en cuyas extremidades crecen algunos iris; la fuente del valle destila aun sus aguas en aquellos prados que guardan los restos del hombre prodigioso. Los viajeros arrojados á la isla por las tempestades, consignan la oscuridad de sus nombres en aquella ilustre tumba; una anciana se ha establecido allí cerca para vivir con la sombra de sus recuerdos, y un inválido centinela ocupa la garita inmediata.

El antiguo Longwood, situado á doscientos pasos del nuevo, está abandonado. Despues de atravesar un cercado lleno de estiércol, se entra en una caballeriza, que servía de dormitorio á Bonaparte. Un negro enseña á los viajeros un pasillo, ocupado hoy por un molino de mano, y les dice: *There he dead*: aquí murió. El aposento en que nació Napoleón no sería probablemente mas espacioso ni mas rico.

En el nuevo Longwood ó sea Plantation-house, y en casa del gobernador, se ven por todas partes retratos del duque de Wellington y cuadros que representan sus batallas: un escaparate con puertas de cristales encierra un pedazo del árbol á cuyo lado estuvo el general inglés durante la batalla de Waterloo, y se halla colocado entre una rama cogida en el jardín del monte Olivete, y varios adornos de los salvajes de la mar del Sur: peregrina asociación hecha por los que tanto abusaron de sus fuerzas marítimas. Inútilmente quiere el vencedor ocupar el lugar del vencido, bajo la proteccion de un recuerdo de la Tierra-Santa, y otro de Cook: bastan para Santa-Elena la soledad, el Océano y Napoleón.

Si se estudiase la historia de las trasformaciones que han sufrido muchos terrenos ocupados por sepulcros ilustres, por grandes terrenos ocupados por sepulcros, ¡cuánta variedad de destinos descubriríamos, ya que se operan continuamente tan extrañas metamorfosis en las oscuras viviendas que sirven de encierro á nuestra pobre existencia! ¿En qué choza nació Clodoveo? ¿En qué carreta abrió Atila los ojos á la luz del día? ¿Qué torrente abriga el sepulcro de Alarico? ¿Qué chacal ocupa el sitio de la tumba de oro ó de cristal que encerró los restos de Alejandro? ¿Cuántas veces han mudado de lugar todas estas cenizas? ¿A quién pertenecen los grandes mausoleos de Egipto y de las Indias? Dios solo conoce las causas de tantas mudanzas, estrechamente ligadas con los misterios del porvenir, porque la profundidad del tiempo oculta á los hombres grandes verdades, que únicamente se manifiestan con el trascurso de los siglos, así como hay á inmensa distancia de la tierra multitud de estrellas, cuya luz no ha llegado todavía hasta nosotros.

EXHUMACION DE BONAPARTE.

El tiempo ha corrido con velocidad al paso que yo escribía las anteriores líneas, produciendo un acontecimiento que pudiera llamarse grande, si los sucesos del día mereciesen otra calificación que la miseria en que vienen á parar. Se han reclamado á Londres los despojos mortales de Bonaparte, y se ha concedido la demanda. ¿Para qué quería la Inglaterra aquellos huesos? Pronta está á darnos todos los presentes mortuorios que apetezcamos. Hemos recibido las cenizas del que fue emperador en los momentos de nuestra mayor humillacion: han estado expuestas al registro concedido por el derecho de visita (cuando vivía Napoleón no era tan fácil visitarle); pero el extranjero se ha mostrado generoso, dando un salvo-conducto para el transporte de los grandes restos.

Su traslacion á Francia es una falta cometida contra la celebridad, porque nunca reemplazará al valle de Slane una tumba en París. ¿Quién desea ver á Pompeyo fuera del surco de arena trazado por un pobre libertó con la ayuda de un viejo legionario? ¿Qué haremos de tan magníficas reliquias en medio de nuestras miserias? ¿Representará el mas duro granito la eternidad de las obras de Bonaparte? ¿Si al menos contásemos con un Miguel Angel para que esculpiese su estatua fúnebre! ¿Cómo se levantará el monumento? Para los hombres pequeños suntuosos mausoleos; para los grandes una piedra y un nombre. ¿Si se hubiese al menos colocado el féretro en el coronamiento del arco de triunfo, para que las naciones contemplasen al que fue su señor sobre aquellas victorias que no lo immortalizaron! ¿No se veía en Roma la urna de Trajano sobre su columna? Napoleón se confundirá entre nosotros con las cenizas de oscuros cadáveres que nada significan. ¡Dios quisiera que no esté expuesto á las vicisitudes de nuestros trastornos políticos, por muy defendido que hoy se encuentre entre Luis XIV, Vauban y Turenna! ¡Ay de esas sacrilegas violaciones tan comunes en nuestra patria! Si triunfa cierto partido de la revolucion, no será extraño que el polvo del conquistador se mezele con los demás despojos que nuestras pasiones han dispersado: entonces se olvidará al vencedor de los pueblos para acordarse únicamente del opresor de las libertades. Los huesos de Napoleón no reproducirán su genio, pero darán lecciones de despotismo á soldados medianos.

Sea de esto lo que fuere, se ha puesto á disposicion de un hijo de Luis Felipe una fragata cuyo nombre, célebre en los faustos de nuestras victorias navales, la ha protegido en el Océano. Desde Tolón, puerto en que se embarcara también Bonaparte para conquistar el Egipto, hizo rumbo el nuevo Argos hácia Santa-Elena para apoderarse de la nada. El sepulcro se elevaba todavía silencioso en el valle de Slane ó del Geranio; uno de los dos saúces llorones había ya caído, pero lady Dallas, mujer de cierto gobernador de la isla, había plantado otros diez y ocho y treinta y cuatro cipreses: el manantial refrescaba el valle como cuando Napoleón bebía sus aguas. Se trabajó para abrir el monumento una noche entera bajo la inspeccion del capitán inglés Alejandro, y se encontraron intactas las cuatro cajas embutidas unas en otras, á saber: las dos de caoba, la de plomo y la de hoja de lata, y en seguida se procedió, en una tienda de campaña, al exámen de la momia, en presencia de muchos oficiales, y entre ellos de algunos que habían conocido á Bonaparte.

Cuando se abrió el último ataúd, todas las miradas se dirigieron á su fondo, y encontraron, segun el abad Coquerneau, una masa blanquiza que cubría el cuerpo en toda su extension. Al tocarla el doctor Gaillard, reconoció un almohadon forrado de seda blanca, que

guarnecía interiormente la parte superior de la caja, de la cual se había desprendido, y que cubría el cuerpo como un sudario. Todo el cadáver aparecía sembrado de una ligera espuma, y cualquiera hubiera dicho que se distinguía al través de una diáfana nube. Aquella era, en efecto, su cabeza, que la almohada levantaba un poco, con su ancha frente y con sus ojos, cuyas órbitas se dibujaban bajo los párpados, guarnecidos aun de algunas pestañas; las mejillas estaban hinchadas, la nariz había padecido bastante, y la boca entreabierta dejaba ver tres dientes de extremada blancura; en todo el rostro se distinguían perfectamente las señales de la barba; las manos sobre todo parecían animadas con el soplo de la vida, pues conservaban la tersura y el color naturales; una de ellas, la izquierda, se notaba mas gruesa que la otra; las uñas habían crecido despues de la muerte; las tenia largas y blancas; tambien una de las botas estaba descosida, y mostraba por su abertura cuatro dedos del pié de una blancura mate.»

El astro eclipsado de Santa-Elena ha vuelto á aparecer en el mundo; el universo ha contemplado por segunda vez á Napoleón, pero este no ha visto ya al universo. Las errantes cenizas del conquistador se han iluminado con las mismas estrellas que le guiaron á su destierro, pero Bonaparte ha pasado por el sepulcro, como por todas partes, sin detenerse. Desembarcado en el Havre, ha llegado al arco de triunfo, dosel que refleja los rayos del sol en ciertos días del año; desde el arco hasta los Inválidos solo hemos visto columnas de madera, bustos de yeso, una estatua del gran Condé y obeliscos de pino representando la vida del vencedor. Un frio glacial hacia arremolinarse á los generales junto al carro fúnebre, como en la retirada de Moscou. Nada era allí bello, á excepcion de la embarcacion enlutada que acababa de conducir silenciosamente por el Sena á Napoleón y á un crucifijo.

Privado de su catafalco de rocas, Napoleón ha venido á sepultarse entre las inmundicias de París. En vez de navíos que saluden al nuevo Hércules consumido en el monte Oeta, las lavanderas de Vaugirard daran vueltas al recinto en que yace, acompañadas de algunos inválidos desconocidos en el ejército grande. Para preluir tanta impotencia de miras, los hombres del día no han sabido imaginar mas que un salon de Curcio al aire libre; así que, despues de algunos días de lluvia, nada ha quedado de aquellas ridiculas decoraciones. Por mas que se haga, siempre aparecerá en medio de los mares la verdadera tumba del triunfador; nosotros poseemos el cuerpo, y Santa-Elena su fama imperecedera.

Napoleón es el fin de la pasada era; ha hecho la guerra demasiado en grande (tal vez será este el único bien suyo que nos quede) para que vuelva á interesarse por ella la especie humana; ha arrastrado impetuosamente con sus piés las puertas del templo de Jano, y amontonado delante de ellas pirámides de cadáveres para que no vuelvan á abrirse.

MI VISITA Á CANNES.

He pasado por todos los sitios que sirvieron de tránsito á Napoleón despues de haberse fugado de la isla de Elba. Entré en la posada de Cannes al mismo tiempo que se celebraba á cañonazos la conmemoracion del 29 de julio, uno de los resultados de la incursion de Napoleón; que este sin duda no había previsto. Cuando llegué al golfo Juan, era ya de noche, y eché pié á tierra en una casa solitaria inmediata al camino real; Jacquemin, alfarero y huésped mio, me condujo á orillas del mar, y allí nos extraviamos por sendas desiguales entre los olivares, bajo cuya sombra había vivaqueado Bonaparte. El mismo Jacquemin había sido también su patron, y entonces era mi guia. A la izquierda del ancho sendero de travesía se en-

contraba una especie de tinglado, en donde Napoleón, que invadía solo la Francia, depositó los efectos de su desembarco.

Desde la playa contemplé el mar en calma; el débil suspiro del viento no rizaba una sola espuma, y las transparentes olas, semejantes á una finísima gasa, besaban las arenas sin estrépito ni precipitacion. El cielo sereno, ostentado todo el brillo de sus constelaciones, coronaba mi cabeza, pero no tardó la luna en descender y ocultarse detrás de los vecinos montes. En el golfo solo se divisaba una barca anclada y dos botecillos; á la izquierda se distinguía el faro de Antibes y á la derecha las islas de Lerins; enfrente de mí se abría el mar del Sur hácia Roma, adonde Bonaparte me había enviado en otro tiempo.

Las islas de Lerins, llamadas hoy de Santa Margarita, sirvieron antiguamente de refugio á algunos cristianos que huían de los bárbaros. San Honorato, escapado de Hungría, arribó á uno de sus escollos, subió á una palmera, hizo la señal de la cruz, y murieron todas las serpientes; es decir, espiró el paganismo, y la nueva civilizacion nació en Occidente.

Mil cuatrocientos años despues llegó Bonaparte á terminar esta civilizacion en los mismos sitios en que el santo la había comenzado. El último solitario de aquellas islas fue el hombre de la Máscara de hierro, si es que realmente ha existido, pero del silencio del golfo Juan y de la paz ofrecida por las rocas á los antiguos anacoretas salió el estruendo de la batalla de Waterloo, que atravesó el Atlántico y fue á morir en Santa Elena.

Ya puede suponerse lo que yo sentiría en aquellos lugares solitarios entre los recuerdos de dos sociedades, entre un mundo extinguido y otro pronto á extinguirse. Abandoné la playa lleno de consternacion religiosa, dejando pasar y repasar á las olas, que hasta ahora no han podido borrar el penúltimo paso de Napoleón.

Al fin de todas las grandes épocas se escucha alguna voz doliente que llora las desventuras pasadas: así gimieron los que vieron desaparecer á Carlomagno, San Luis, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV. ¡Cuánto pudiera yo decir, como testigo ocular de las modernas vicisitudes! Despues de haber encontrado, como yo, á Washington y á Bonaparte, ¿qué me resta ver detrás del carro del Cincinato americano y del sepulcro de Santa Elena? ¿Por qué he sobrevivido al siglo y á los hombres, á quienes he pertenecido por la fecha de mi nacimiento? ¿Por qué no he muerto como mis contemporáneos, últimos restos de una raza extinguida? ¿Por qué he quedado solo para buscar sus huesos en las tinieblas y en el polvo de una inmensa catacumba? ¿Mi valor desfallece porque duro tanto! ¡Ah, si al menos contase con la indiferencia de un anciano árabe, á quien encontré en Africa! Sentados con las piernas cruzadas en una estera, envuelta su cabeza entre lienzos, ocupan los habitantes del desierto las últimas horas de su vida en seguir con la vista, entre el azul del firmamento, al hermoso fenicótero que vuela hácia las ruinas de Cartago: mecidos por el murmullo de las ondas, olvidan su propia existencia y entonan en voz baja la triste cancion que precede á su muerte.

París 1859.

Revisado el 22 de febrero de 1845.

CAMBIO DEL MUNDO.

Caer de Bonaparte y del imperio á lo que le ha seguido, es caer de la realidad á la nada, de la cima de una montaña á un precipicio. ¿No ha terminado todo con Napoleón? ¿He debido hablar de otra cosa? ¿Qué personaje puede interesar fuera de él? ¿De quién y de qué puede tratarse despues de semejante hombre

Solo Dante ha tenido el derecho de asociarse á los grandes poetas que encuentra en las regiones de otra vida. ¿Cómo nombrar á Luis XVIII en lugar del emperador?

Los mismos bonapartistas se habian replegado: el alma faltó al nuevo universo tan pronto como Bonaparte retiró su aliento, y los objetos se borraron desde que ya no fueron iluminados por la luz que les habia dado el relieve y el color. Al principio de estas *Memorias* solo tuve que hablar de mí, pues hay siempre una especie de primacía en la soledad individual del hombre, en seguida me ví rodeado de milagros, milagros que sostuvieron mi voz; pero ahora ya no hay conquista de Egipto, ni batallas de Marengo, Austerlitz y de Jena, ni retirada de la Rusia, ni invasion de la Francia, ni toma de París, ni vuelta de la isla de Elba, ni batalla de Waterloo, ni funerales de Santa Elena: ¿qué queda pues? Retratos á quienes solo el genio de Moliere podría dar la gravedad de lo cómico!

Al expresarme sobre nuestro poco valer, he estrechado de cerca mi conciencia, y me he preguntado si no me habia incorporado por cálculo á la nulidad de estos tiempos para adquirir el derecho de condenar á los otros, persuadido como estaba *in petto* de que mi nombre se leeria en medio de todas estas cosas borradas. No, estoy convencido de que todos desapareceremos: primero, porque no tenemos en nosotros de qué vivir; segundo, porque en el siglo en el cual comenzamos ó terminamos nuestros dias, no tiene tampoco con qué hacernos vivir. Generaciones mutiladas, desdeñosas, sin fe, adictas por su amor á la nada no sabrian darnos la inmortalidad, ni tienen poder alguno para crear una fama: cuando acerqueis vuestro oído á su boca, nada oireis, pues ningun sonido sale del corazon de los muertos.

Una cosa, sin embargo, me llama la atencion: el pequeño mundo en el cual entro ahora, era superior al mundo que le ha sucedido en 1830: nosotros éramos gigantes en comparacion de la sociedad de insectos que se ha engendrado.

La restauracion ofrece al menos un punto en el que puede encontrarse importancia: despues de la dignidad de un solo hombre, pasado este, renació la dignidad de los hombres. Si el despotismo ha sido reemplazado por la libertad; si entendemos alguna cosa de independencia; si hemos perdido la costumbre de arrastrarnos; si los derechos de la naturaleza humana no son ya desconocidos, á la restauracion somos deudores de ello.

¡Prosígamos, pues, nuestra tarea! Bajemos gimiendo hasta mí y hasta mis colegas. Ya me habeis visto en medio de mis sueños; ahora vais á verme en mis realidades, y si el interés disminuye, si caigo, suplido al lector que sea justo.

AÑOS DE MI VIDA 1815 Y 1816.—SOY NOMBRADO PAR DE FRANCIA.—MI PRIMERA APARICION EN LA TRIBUNA.—DISCURSOS DIVERSOS.

Despues de la segunda entrada del rey y de la desaparicion final de Bonaparte, estando el ministerio en manos del duque de Otranto y del príncipe de Talleyrand, fui nombrado presidente del colegio electoral del departamento del Loiret. Las elecciones de 1815 dieron al rey la cámara *incontrable*. Todos los votos me favorecian en Orleans, cuando llegó á mis manos el decreto que me llamaba á la cámara de los Pares. Mi carrera de accion, apenas comenzada, cambió súbitamente de ruta; ¿cuál habria sido, á estar colocado en la cámara Electiva? Es probable que hubiese terminado, en caso de éxito, en el ministerio de lo Interior, en vez de conducirme al ministerio de Negocios extranjeros. Mis hábitos y mis costumbres estaban mas en relacion con la dignidad de par, y aunque esta se

me hizo hostil desde el primer momento á causa de mis opiniones liberales, es sin embargo cierto que mis doctrinas sobre la libertad de la prensa y contra el vasallaje de los extranjeros dieron á la noble cámara esa popularidad de que gozó en tanto que sufrió mis opiniones.

Al llegar recibí el único honor que me hayan hecho mis colegas durante mis quince años de residencia en medio de ellos, pues fui nombrado uno de los cuatro secretarios para la legislatura de 1816. Lord Byron no obtuvo mas favor cuando apareció en la cámara de los Lores y se alejó de ella para siempre; yo hubiera debido volver á mis desiertos.

Mi estreno en la tribuna fue un discurso sobre la *inmovilidad de los jueces*; yo elogí el principio, pero ataqué su aplicacion inmediata. En la revolucion de 1830, los hombres de la izquierda mas adictos á esta revolucion querian suspender por algun tiempo la inmovilidad.

El 22 de febrero de 1816, el duque de Richelieu nos presentó el testamento autógrafo de la reina; subí á la tribuna, y dije:

—«El que nos ha conservado el testamento de María Antonieta habia comprado las tierras de Montboisier: juez de Luis XVI, habia elevado en medio de esa propiedad un monumento á la memoria del defensor de Luis XVI, grabando él mismo sobre ese monumento un epitafio en verso francés en elogio de Mr. de Malesherbes. Esta sorprendente imparcialidad anuncia que todo está fuera de su sitio en el mundo moral.»

El 12 de marzo de 1816 se agitó la cuestion de las pensiones eclesiásticas, y dije: —«¿Negaríais alimentos al pobre vicario que consagra á los altares el resto de sus dias, y concederíais pensiones á José Lebon, que hizo caer tantas cabezas; á Francisco Chabot, que pedia para los emigrados una ley tan sencilla que un niño pudiese conducirlos á la guillotina; á Santiago Roux, que, negándose en el Temple á recibir el testamento de Luis XVI, respondió al infortunado monarca:—«Yo no tengo mas encargo que el de conducirte á la muerte?»

Habian llevado á la cámara Hereditaria un proyecto de ley relativo á las elecciones: yo me pronuncé por la renovacion íntegra de la cámara de los Diputados; pero solo en 1824, siendo ministro, fue cuando la hice entrar en la ley que ví mi caída.

Tambien fue en este primer discurso sobre la ley electoral cuando respondí á un adversario: —«Yo no realzo lo que se ha dicho de la Europa atenta á nuestras discusiones. En cuanto á mí, señores, sin duda debo á la sangre francesa que corre por mis venas esa impaciencia que siento, cuando para determinar mi voto se me habla de las opiniones colocadas fuera de mi patria; y si la Europa civilizada quisiera imponerme la carta, me iria á vivir á Constantinopla.»

El 9 de abril de 1817 hice en la cámara una proposicion relativa á las potencias berberiscas, y la cámara decidió que habia lugar á ocuparse de ella. Ya pensaba yo en combatir le esclavitud, antes de haber obtenido esa decision favorable de los pares que fue la primera intervencion política de una gran potencia en favor de los griegos: —«Yo he visto», decia á mis colegas, las ruinas de Cartago, y he encontrado entre esas ruinas los sucesores de aquellos infelices cristianos por cuya libertad hizo San Luis el sacrificio de su vida. La filosofía podrá tomar su parte en la gloria unida al éxito de mi proposicion, y envanecerse de haber obtenido en un siglo de luces lo que la religion intentó inútilmente en un siglo de tinieblas.»

Yo estaba colocado en una cámara donde mi palabra se volvia contra mí las tres cuartas partes del tiempo. Una cámara popular puede conmovirse; una

cámara aristocrática es sorda. Sin tribuna, á puerta cerrada, ante viejos restos disecados de la antigua monarquía, de la revolucion y del imperio, lo que salia del tono mas comun parecia locura. Un dia, la primera fila de sillones mas inmediata á la tribuna, estaba llena de respetables pares, mas sordos los unos que los otros, con la cabeza inclinada y teniendo en el oído una trompetilla acústica, cuya embocadura dirigian hácia la tribuna: yo los dormí, lo cual es muy natural. Uno de ellos dejó caer su trompetilla, y despertando su vecino, quiso recogerla urbanamente, pero se cayó. El mal estuvo en que me eché á reír, á pesar de estar hablando patéticamente sobre no sé qué objeto de humanidad.

Los oradores que triunfaban en esta cámara eran los que hablaban sin ideas, con tono igual y monotonó, ó que solo encontraban sensibilidad para enter necerse sobre los pobres ministros. Mr. de Lally-Tolendal tronaba en favor de las libertades públicas, y hacia resonar las bóvedas de nuestra soledad con un elogio de tres ó cuatro lores de la cancelleria inglesa, abuelos suyos, segun decia. Cuando estaba terminado su panegírico sobre la libertad de la prensa, llegaba un *pero* fundado en *circunstancias*, el cual *pero* nos dejaba salvo el honor bajo la útil vigilancia de la censura.

La restauracion dió un movimiento á las inteligencias, y libertó el pensamiento comprimido por Bonaparte; el ingenio, como una cariatide descargada de la arquitectura que le encorbaba la frente, alzó la cabeza. El imperio habia herido á la Francia de mutismo; la libertad restaurada le devolvió la palabra: encontráronse talentos en la tribuna que tomaron las cosas donde los Mirabeau y los Cazales las habian dejado, y la revolucion continuó su curso.

MONARQUÍA SEGUN LA CARTA.

Mis trabajos no se limitaban á la tribuna, tan nueva para mí. Espantado de los sistemas que se abrazaban y de la ignorancia de la Francia sobre los principios del gobierno representativo, escribia y hacia escribir *La monarquía segun la carta*. Esta publicacion ha sido una de las grandes épocas de mi vida política; ella me hizo tomar puesto entre los publicistas, y sirvió para fijar la opinion sobre la naturaleza de nuestro gobierno. Los diarios ingleses elevaron este escrito hasta las nubes, y entre nosotros, el abate Morellet no cesaba de hablar de la metamorfosis de mi estilo y de la precision dogmática de las verdades.

La monarquía segun la carta es un catecismo constitucional, y de ella se han tomado la mayor parte de las proposiciones que hoy se presentan como nuevas. El principio de que *el rey reina y no gobierna* se encuentra todo entero en los capítulos cuarto, quinto, sexto y sétimo sobre la prerogativa real.

Exponiendo los principios constitucionales en la primera parte del folleto, examiné en la segunda los sistemas de los tres ministerios que se habian sucedido desde 1814 á 1816: en esta parte se encuentran predicciones verificadas despues y exposiciones de doctrinas entonces ocultas. En el capítulo diez y seis, parte segunda, se leen estas palabras: «Pasa por constante, en cierto partido, que una revolucion de la naturaleza de la nuestra no puede terminar sino por un cambio de dinastia; otros mas moderados dicen por un cambio en el órden de sucesion de la corona.»

Cuando terminaba mi obra, apareció el decreto de 5 de setiembre de 1816: esta medida dispersaba los pocos realistas reunidos para reconstruir la monarquía legítima, y me apresuré á escribir la *Postdata*, que hizo estallar la cólera del duque de Richelieu y del favorito de Luis XVIII, Mr. Decazes.

Añadida la *Postdata*, corro á casa de mi librero, Mr. Lenormant, y al llegar encuentro unos alguaciles y un comisario de policía que se habian apoderado de los paquetes y puesto los sellos. Yo no habia desafiado á Bonaparte para intimidarme por Mr. Decazes; me optuse al secuestro, y declaré como francés libre y como par de Francia que no cederia sino á la fuerza; vino esta, y me retiré entonces. El 18 fui á casa de Mr. Luis Marthe-Mesnier y su colega, notarios reales, y protestando ante ellos, hice consignar mi declaracion sobre el secuestro de mi obra, queriendo asegurar de este modo los derechos de los ciudadanos franceses. Mr. Baude me ha imitado en 1830.

En seguida me encontré enredado en una correspondencia bastante larga con el canceller, el ministro de Policía y el fiscal general Bellard, hasta el 9 de noviembre, dia en que el canceller me anunció la sentencia dictada en mi favor por el tribunal de primera instancia, la cual me puso en posesion de mi obra. En una de sus cartas me decia el canceller que habia tenido un gran disgusto al ver el descontento del rey sobre mi obra. Este descontento provenia de los capítulos en que me pronunciaba contra la creacion de un ministro de policía general en un país constitucional.

LUIS XVIII.

En mi relacion del viaje de Gante ya habeis visto lo que Luis XVIII valia como hijo de Hugo Capeto; en mi escrito *El rey ha muerto; ¡viva el rey!* anoté las cualidades reales de este príncipe. Pero el hombre no es uno y simple: ¿por qué hay tan pocos retratos fieles? Porque se ha hecho fijar el modelo á cierta época de su vida, y diez años despues el retrato ya no se parece.

Luis XVIII veia todos los objetos, y todo le parecia bello ó feo, segun el ángulo de su mirada. Atacado por las ideas de su siglo, es de temer que la religion no fuese para el *rey cristianismo* mas que un elixir propio para la amalgama de las drogas de que se compone la monarquía. La imaginacion libertina que habia recibido de su abuelo pudo inspirar alguna desconfianza sobre sus costumbres; pero él se conocia, y cuando hablaba de una manera positiva, se alababa de ello y se burlaba de sí mismo. Un dia le hablaba yo de la necesidad de un nuevo matrimonio del duque de Borbon, á fin de devolver á la vida la raza de los Condé: el rey aprobó mucho la idea, aunque se cuidaba muy poco de la dicha resurreccion; pero á este propósito me habló del conde de Artois, y me dijo: —«Mi hermano podría volverse á casar sin cambiar en nada la sucesion á la corona, pues nunca tendria mas que segundones: yo nunca tendré sino primogénitos, y no quiero tampoco desheredar al duque de Angulema.»

Egoísta y sin preocupaciones, Luis XVIII queria su tranquilidad á todo precio: sostenia á sus ministros en tanto que tenían la mayoría; pero los despedia cuando esta faltaba y podia ser incomodado en su reposo, y nunca vacilaba en retirarse cuando para obtener la victoria le hubiera sido preciso dar un paso adelante. Su grandeza era la paciencia, y jamás iba él á los sucesos, sino que los sucesos venian á él.

Sin ser cruel, este rey no era humano, pues no le sorprendian ni conmovian las catástrofes trágicas. Escusándose el duque de Berry por haber tenido la desgracia de turbar con su muerte el sueño del rey, este se contentó con decirle: —«He dormido bien.» Y sin embargo, este hombre tranquilo entraba en cóleras terribles cuando era contrariado; este príncipe frío, tan insensible, tenia amistades que parecian pasiones, y así se sucedieron en su intimidad el conde de Avarai, Mr. de Blacas, Mr. Decazes,